



# Ilustración

DIEGO ALONSO CARAZO

(Artista plástico argentino contemporáneo, nació en Campana en 1971, Provincia de Buenos Aires)



"Autorretrato"



"La niña triste"

Licenciado en Artes Plásticas, no ha dejado de ser autodidacta. Incursionó en técnicas de dibujo y pintura. Muralista de vocación, las fachadas de bodegones y cafetines de la ciudad natal llevan impresas la simbología de su revelación. Actualmente es profesor de Pintura en la Escuela de Arte de Campana.

## "Pinto sólo lo que veo"

He aquí la expresión del artista. La extensión del espacio en donde ejerce el dominio de sus sentidos. La búsqueda por desentrañar el principio de lo que observa. Primero a través de la forma y el color. ¿O no será lo contrario? La necesidad de dilucidar aquellas diferencias que apartaron su mirada del entorno para recrear ese espacio vital. En un análisis rápido rescata lo extraño, lo ventajoso y también lo nocivo que precipitó el impulso creador. Luego intenta gobernar esa visión. Llevarla a la interpretación de la figura. Es cierto, el artista se adscribe a lo que lo impregna, pero a través de su propia idea. *Alquimia de realidad y conciencia*. Determina con precisión cuál es el momento que le permite la máxima correspondencia al objeto espacial, elige el método y escoge aquel cuya aplicación lo lleva a concretar el desarrollo con la mayor celeridad. *Alquimia de experiencia y ocasión*. Adivina la inquietud, calcula el éxito, soporta la angustia para conducir su voluntad última al destino de la obra, al igual que un pastor vela por su rebaño. Es menester saber que el arte no es sólo ocular. El tránsito desde la oscuridad consciente del artista llega a la luz a través de la observación de lo esencial, hasta confrontar con el dominio del corazón y la confiscación del autor por parte de su misma obra.

El ojo es el que establece la reflexión sobre el espacio-tiempo. Rige y decide desde la visión externa. Pero la percepción interna determina la soberanía de la fuerza creadora. Pintores, arquitectos, escultores parten de la reflexión sobre el espacio que contemplan. Pero su búsqueda se logra cuando la geometría lograda es la representación de la clarividencia interior. No una mirada exterior de la cual pueda escapar, sino la otra, la interna. La invulnerable. La que cohabita con el artista y no puede ser suprimida. El arte no es una dióptrica del cuerpo. Supone la interrogación de la mirada. En esa confrontación el artista halla la obra. *Alquimia de origen y naturaleza*. En este

acontecer la mirada es la que abre el secreto de la conciencia, la hace accesible a la representación. Pero no hay divorcio entre lo interno y lo externo. Son fuerzas que compiten para nuclearse. La observación llega a la introspección para exacerbar la profundidad de la estructura modeladora en la historia del hombre. La mirada pronostica. La percepción determina lo que ocurre. Mientras tanto, el corazón del artista se agotará en el desenlace sin ocultación ni residuo. *Alquimia de instinto y lenguaje.*

### Ínfimas brújulas

La mayor satisfacción del artista no se halla en la obra terminada, sino en el proceso de su elaboración. Lo mismo sucede con la vida en el reconocimiento de la sensibilidad. Una obra de vida concluida no compensa nada. Es una justificación o recuerdo ajado. La concreción del presente de cada vida es el éxtasis que podemos llegar a inhalar. Esa conexión con el instinto primitivo de este animal que no ansiaba trepar hacia horizontes distantes, porque asimilaba que él era parte de la infinitud contemplada.

Muchas de las concepciones del hombre implementadas en su forma de encarar a la conciencia son actos inocentes aunque impuros, ya que representan mezcla de necesidad y esperanza. En cuanto se asume la realidad de la historia, la desaprensión es un acto imposible a esta altura de la humanidad. Por supuesto ésta se ampara en lo desconocido y de ello la inocencia es un acto reflejo ante la virginidad en la consideración que se hace del destino. También un fraude que utiliza el temor. Sólo es posible la farsa en aquellos que adolecen de conciencia plena.

La ilación de cada hombre sobre la existencia es fragmentaria. Ella no deja de ser una sucesión de segmentos relacionados con el "yo", residiendo en esto la imaginación que sustenta de continuidad. En esencia es un ciclo de episodios como también lo es la historia. Y el arte es un desgarramiento fragmentario en cada obra. El autor nunca podría tolerar una continuidad de esa herida. Sería insufrible. El hombre se repone ante cada fracción de vida, el artista ante cada obra. Esta creación es una conmoción de la que emerge diferente. Ya no será el mismo a pesar de que pueda pensar en su biografía en sentido de unidad. Vale el fragmento. De los clásicos de la edad de oro griega sólo quedan ellos.

Ínfimas brújulas que interpretan la resolución final de la obra. Un pensamiento en su declaración final sólo cabe en un puñado de palabras. Existe en la síntesis.

La falta de sistema es el acto natural de la vida. Representa la cualidad que la sostiene en la incoherencia, el azar y el desequilibrio. Lo fragmentario apunta a lo libre, a lo abierto. El arte con su carácter volcánico es una amenaza a la coherencia que ilusiona al hombre. El dogma destruye su dignidad y el arte es el principal artífice de la representación de esa fragilidad. El sueño esquemático del hombre se derrumba y lo deposita en la poshistoria.

Ser célebre es un error. Y éste es el riesgo a que se somete el artista. A una condición en que la tentación por un sistema lo aleje del libre albedrío. Caen entonces en el pecado de seguir siendo ilustre. La lucha por la notoriedad, por destacarse, será de esta forma su progreso pero también una calamidad. Concluirá por negar la vigencia de la íntima veracidad no condicionada. Representa una fatalidad ser célebre. Mucho más querer continuar siéndolo.

La despersonalización es un acto inmanente al artista. Al fin yace la obra y se olvida al hombre. Ese espacio entre el instinto y el "ser" es el dolor que lo arrastra. Él se desagua en este sufrimiento. Queda apátrida, cuestionado por su propia creación e ignorado en lo mundano. Flota sin tiempo ni lugar, exento de vida, lleno de imaginaciones simbólicas. El arte es una forma de tolerarse. Con él se derrota la inaceptación que lo azota. Es la alternativa de evitar ser vencido por lo inevitable en una competencia imposible contra el tiempo.

*El hastío desnuda al artista. Se precipita en él un deseo visceral de reconstruir la emoción. Es el fuego que revela en sus obras instancias denunciadas o imaginadas. Implica el origen y el fin simultáneo del dolor; en donde se puede morir sin memoria y nacer sin destino, tras un desahogo esencial, no accidental. El artista ofrece su conciencia como un despertar volcado al vacío y no a la vida. A ese salto del que no espera nada y en donde sólo "es". Ese estado es el momento ínfimo, el más pequeño en el que puede esperar "ser".*

Jorge C. Trainini